
Herederro Universal

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8298

Título: Heredero Universal
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 13 de julio de 2024
Fecha de modificación: 13 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Herederero Universal

La tierra, los tejados y los árboles estaban blancos. Había nevado toda la mañana. El horizonte, cubierto por oscuro nubarrón, aumentaba la tristeza de aquel día. Hombres, edificios y árboles, todo me parecía sepultado bajo la nieve. No se veía un pájaro en los aires, ni viviente alguno por la calle.

—Todo ha muerto —me dijo una voz lúgubre—: tú nada más existes en la tierra. Estás solo: solo para siempre. Goza de todo: eres el único dueño: el herederero universal.

Salí de casa y a nadie encontré en mi camino: Madrid estaba muerto: no se oía ruido alguno de gentes, animales, carruajes, maquinarias ni campanas de reloj.

Entré en un palacio desierto: los coches estaban abandonados e inmóviles para siempre: atravesé los salones llenos de muebles lujosos: abrí cajones, llenos de joyas y dinero: registré guardarropas abundantes como roperías y una biblioteca que hubiera hecho feliz a un sabio: icómo brillaba la cristalería en los escaparates del comedor, qué columnas tan pintorescas formaban los platos apilados y qué combinaciones tan caprichosas la loza fina y los centros de mesa! Admiré en las alcobas las ricas colgaduras de los lechos y la finura de las telas. En los apagados hornillos de la cocina podía hacerse un auto de fe. La despensa era un almacén de ultramarinos y las botellas de la bodega parecían un ejército en parada.

Aquel cúmulo de riquezas no era nada. Todas las casas de Madrid y su contenido me pertenecían: mis cuadros eran las galerías del Museo: San Francisco el Grande uno de mis

oratorios: el trono era uno de mis asientos y mi librería la Biblioteca Nacional, podía jugar a las aleluyas con billetes de banco y quemar en mis chimeneas muebles góticos.

Pero ¿de qué me servía tanta abundancia de todo, si sólo podía utilizar lo indispensable? ¿Para qué tantas pipas de vino y de licor, si sólo cabían en mi estómago algunos sorbos? Los museos eran míos, pero ¿qué diferencia existía entre aquella posesión y la facultad que antes tenía de ver y de admirar sus obras maestras? ¿A qué tantos palacios, si sólo podía ocupar una habitación? ¿De qué me servían tantas riquezas, si no podía utilizarlas en suscitar envidias y enemistades, único resultado positivo que obtiene quien las posee?

En la silenciosa villa, sólo se oía un rumor triste y monótono: el de los caños de las fuentes. Esos surtidores, que no suenan jamás, ahogado su rumor por el estruendo de la población viva, se oían desde lejos en aquella soledad.

Senteme junto a una fuente, delante de mis palacios, sin más compañía que la del agua, ni más síntomas de vida que el movimiento de los copos de nieve. El silencio era cada vez más abrumador.

¡Qué música tan dulce hubiera encontrado en el ladrido de un perro! Lo hubiera pagado como pagan los empresarios a Gayarre.

Hubiera llenado de oro a cualquier necio por escuchar sus majaderías.

Poseía todo lo de todos y no me servía para nada.

Y en aquella opulencia por nadie disputada, encontré envidiable la suerte del mendigo que pide limosna en medio de las gentes.

Era el último de los hombres y su heredero universal. Pero ¿qué me habían dejado? Nada, absolutamente nada. Grité

para oír alguna voz, y oí un canto que me pareció entonces divino. Había despertado, y una voz aguardentosa cantaba en un patio cercano:

Pobre... chica...
la que tiene que servir.

Mi mesa de pino, mis montones de libros y mis sillas desvencijadas era lo único que me restaba de tantas riquezas. Y, sin embargo, aún me sobraban asientos y volúmenes. Me asomé al balcón: todas las casas estaban llenas de gente, que se habían repartido los bienes de mi sueño.

—¿De qué sirve la riqueza —dije entre mí—, si sólo puede el hombre disfrutar de lo estrictamente necesario?

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.